

Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad

Gabriel Salazar

SUR Profesionales, Universidad Arcis

LA MARCHA DE LAZARO

El pasado no se puede reconstituir. Ni podemos devolverle la vida a los muertos ni devolverle el trabajo a los que lo perdieron... El pasado se fue. Qué le vamos a hacer. Las injusticias las cometieron otros.

(P. Aylwin, *La Epoca*, 6/08/93, p. 1).

La doctrina nos une, la realidad nos separa; por lo tanto, callen la realidad, enseñen la doctrina. En ésta no hay ricos ni pobres, ni esclavos ni libres. Sólo hay Dios, la verdad. Cerrando los ojos a la realidad, viviremos la paz y la unidad. Este camino pretende hacer la unidad por el imperativo del dogma.

(Un cristiano de base, *Policarpo* 62, 1988).

Este trabajo se refiere a "lo que pudo haber sido y no fue". A los proyectos sociales que, una vez luchados en la arena decisiva, perdieron su oportunidad histórica. Una vez, y otra vez. Que, aun después de todo eso, sin embargo, ni se pulverizaron bajo el lapidario *requiescat in pacem*, ni se evanescieron en la ucrónica ilusión de "lo que pudo haber sido, de no haber sido como fue". Sino que, al contrario, se replegaron a esa zona -fronteriza pero siempre histórica- de "lo que no fue, pero que, en y por su propio dejar de ser, sigue siendo". En una palabra: se refiere a la *historia reversa* de los derrotados, que no pudieron revertir las injusticias perpetradas sobre ellos por sus vencedores, y que -por ser los muchos que son y haber estado donde

siguen estando- tampoco pudieron anonadar la porfiada realidad de sus propias identidades.

El objetivo de este trabajo es inspeccionar los planos superpuestos y contrastantes sobre los cuales, típicamente, se han deslizado los procesos históricos de construcción estatal en Chile. Examinar, especialmente, la oposición entre los planos anversos del proyecto político finalmente oficializado, y los planos reversos del proyecto social desaforado; el desdoblamiento de los procesos constituyentes, entre un alto ramal conspicuo de dominación, y un bajo ramal cautivo de obturación. Se pretende subrayar una problemática habitualmente acallada por los políticos y obviada por cientistas sociales e historiadores; a

saber: la deficitaria validación de los *derechos sociales a la legitimidad del Estado*.

Se postula, además, que el derecho social a la legitimidad del Estado no sólo es un principio teórico, cívico o político, sino también que debe ser —por sobre todo—, *el más fundamental de los derechos humanos* (DDHH, en adelante). Pues sólo ese derecho, si efectivamente practicado, puede garantizar que los procesos constructores de Estado no funcionen como vía libre para el despliegue selvático de los más fuertes ("poderes fácticos"). Pues es de sobra sabido que los "poderes fácticos", al irrumpir, ciñen traje dictatorial, y al retirarse, toga de legislador; que, por ello, dejan tras sí —en garantía de perpetuación— un (socialmente espurio) 'derecho constitucional'. Las violaciones de los DDHH a la vida provienen, de modo casi invariable, físicamente, de esos toboganes históricos de pragmatismo duro; pues allí los procesos constructores de Estado (quintaesencia de la historia) no están, sino por rara excepción, sujetos a ética solidaria, o a derecho participativo. Es la existencia de tales toboganes lo que induce a postular que los DDHH no pueden ser reducidos (como suele hacerse) a principios jurídicos de invocación *ex post* (esto es, después de consumada su violación); sino desarrollados como un derecho activo de *implementación preventiva*, con capacidad para generar un control social permanente y efectivo sobre cualquier proceso histórico que devenga en Estado. Los ciudadanos sólo pueden garantizar el derecho a la vida y a la integridad de las personas mediante el ejercicio de otro derecho aun más fundamental: el de tener una participación protagónica —emanada de sí y ante sí— en el proceso de construcción del orden social y político (justo) que ha de regir históricamente su existencia terrenal.¹

Es notable que los padres de la ciencia social (desde Emile Durkheim a Talcott Parsons, y desde Karl Marx hasta Alexis de Tocqueville) hayan fundado su teoría sobre un axioma compartido:

que todo sistema social y político debe tener, como condición de organicidad y estabilidad, en sus orígenes tanto como a lo largo de su historia, una alta legitimidad social.² La historia, sin embargo, demuestra que ésa ha sido una condición teórica, un principio abstracto que se ha diluido en el juego práctico de las normas de funcionamiento (la legitimidad como ajuste formal a las leyes fundamentales legadas por los poderes fácticos), y anodado en los toboganes donde el sistema global se autorreproduce. La legitimidad no ha operado en la historia como fuerza ciudadana, sino, predominantemente, como retórica para justificar construcciones ilegítimas. Bajo la mirada histórica, esa adulteración se hace visible no sólo en los (abusivos) regímenes dictatoriales, sino también en aquellas (vacilantes) democracias cuyos líderes deben, por "razones de Estado", sembrar olvido social, a objeto de cosechar estabilidad política.

Cabe preguntar en Chile actual: las masas sociales que fueron dictatorialmente sepultadas en la historia reversa y democráticamente invitadas a olvidar su antigua identidad, ¿cómo se están relacionando con el sistema (ahora legal) que las venció? ¿Hundiéndose a sí mismas en la avalancha de los "nuevos tiempos", adorando los íconos de su vencedor? ¿Sofocando su legendario instinto de "volver"? ¿O es que, ya en el fondo, están reagrupándose, levantándose los unos a los otros e iniciando una larga aunque naufragada marcha de Lázaro, una tortuosa transición por abajo?

Digámoslo de otra manera: ¿qué hay bajo "el tedio" que, cual convidado de piedra, petrifica hoy la baja sociedad civil? ¿Qué historia reversa despolitiza la mente pero no la sangre de la juventud popular? ¿Qué decapitación de sueños deprime a los hombres viejos y los aleja de la politicidad? ¿No será, acaso, ese halo de ilegitimidad que, desde el principio, nubló el reciente proceso de construcción estatal en Chile? ¿Ese problema histórico que nuestra contemporaneidad —tantas veces modernizada— nunca ha resuelto?

1. Un desarrollo mayor de estas ideas en G. Salazar: "Derechos humanos y comunidades locales en Chile" (Ponencia presentada en la Conferencia Sur-Sur de DDHH, Universidad de Lund, Lund, Suecia, mayo de 1993).

2. Un examen global de este problema en P. Corrigan & D. Sayer: *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution* (Oxford, 1985).

Al hacer el balance de los procesos de construcción de Estado en Chile, resta un saldo neto de anomalías, que denotan ilegitimidad. Son, entre otras, las siguientes.

En primer lugar, en cada uno de dichos procesos, se observan intervenciones de rasgo dictatorial por parte de las Fuerzas Armadas. Se observa también que, en el contexto de esas intervenciones, los miembros de los Comités Constituyentes (en Chile no ha funcionado jamás una Asamblea Constituyente elegida por el pueblo) fueron designados por la autoridad, no electos por la ciudadanía. Los proyectos de Estado que esos comités, a puerta cerrada, discutieron y acordaron, fueron finalmente impuestos a la nación sin deliberación informada, y dentro de una atmósfera militarmente controlada. Procesos de este tipo se desarrollaron en las coyunturas de 1829-33 (que impuso el proyecto liberal-autoritario de Diego Portales); de 1924-32 (que impuso el proyecto liberal-centralista de Arturo Alessandri), y de 1980-89 (que impuso el proyecto liberal-vigilado del general Augusto Pinochet).³

En segundo lugar, se observa en esos procesos que los actores sociales (y sus expresiones políticas) que propugnaban un proyecto estatal diferente al finalmente impuesto, fueron objeto de una 'acción constituyente' definidamente fáctica: represión policial y militar, destierro o/y exilio masivo, exclusión política y descalificación pública; a menudo, con violación de sus DDHH, pérdida de sus bienes y, aun, de sus propias vidas. Todo eso, durante una década o más, fue padecido por "los pipiols", después de 1829; "los subversivos y anarquistas", después de 1919, y "los marxistas", después de 1973. Cabe señalar que, con tales denominaciones, se aludía globalmente a importantes sectores de pequeños y medianos productores, trabajadores asalariados, intelectuales y demócratas de todo tipo, que sumaban entre 35 y 50 por ciento de la sociedad civil.

En tercer lugar, se observa que los constituyentes designados por la autoridad (en su mayoría, abogados o políticos profesionales vinculados a las élites mercantil-financieras) tendieron de modo invariable a construir un modelo de Estado esencialmente político (no social, ni económico); esencialmente liberal (no corporativo, ni socialista), y esencialmente centralista (no federal, ni comunal). Que, determinados por esa tendencia, sólo debatieron en profundidad las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo; es decir: el funcionamiento del sistema que regía por dentro a la clase política civil. En este mismo sentido, se observa también que, concluida la redacción del nuevo texto constitucional, la autoridad "decretó" su puesta en plebiscito o, simplemente, su promulgación; sin dar lugar, en ningún caso, a la deliberación ciudadana. En consecuencia, las comisiones constituyentes descartaron la posibilidad de que las variables económicas y los proyectos de acción de los *actores sociales* ligados a ellas constituyeran un fundamento válido para reorganizar, sobre él, la estructura central del Estado.⁴

En cuarto lugar, pasada la coyuntura constituyente, el Estado así establecido, de una parte, continuó discriminando a los vencidos (sólo que pasando de la discriminación física a la ideológica); mientras desplegaba, de otra, un discurso oficial de autolegitimación que exigía, en aras de la unidad patriótica, olvidar las luchas pasadas (amnesia histórica como razón de Estado). Confundido en el proceso regular de la política, ese doble discurso se filtró en todos los planos de la vida cívica: en los procesos legislativo y judicial, en los de instrucción pública (religiosa, civil y militar), en la retórica de los ritos institucionales y *-last but not least-*, en la reconstitución "científica" del pasado. La memoria y la amnesia históricas, así reguladas y compartimentadas, congelaron en el ciudadano medio todo recuerdo de autonomía social (es decir, su legitimidad como actor), animando en cambio la imagen de los constructores del Estado y de las normas y realizaciones hechas por ellos (es decir, la legitimidad del sistema).

3. G. Salazar: "Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)", *Proposiciones* 16 (1986).

4. Para la coyuntura constitucional 1978-89, véase, de E. Ortega, *Historia de una alianza* (Santiago, 1992), especialmente pp. 151-94.

En quinto lugar, se observa que, ya en su fase de madurez histórica (cuarenta o cincuenta años después), el Estado tendió a fluir sobre dos procesos: uno superior, donde se planteó la necesidad de reformar el régimen "presidencialista" impuesto en la fase fundacional, para pasar a otro "parlamentarista", apropiado a la fase de madurez; y otro inferior, donde se discutía –aunque sin intención constituyente– cómo racionalizar la creciente influencia del capital extranjero en la economía nacional y cómo neutralizar, al mismo tiempo, la creciente agitación delictual y/o subversiva de las masas populares. Se observa también que, mientras los problemas del proceso inferior se estimaron controlables, se creyó oportuno pasar, en el proceso superior, del presidencialismo al parlamentarismo; mas, cuando el problema económico y social se consideró crítico y amenazante (respecto a la estabilidad del sistema global), se creyó necesario volver del parlamentarismo al presidencialismo. Se observa también que, cada vez que se produjo este retorno, el Estado se hallaba en una fase de crisis estructural por ilegitimidad social creciente. Y esa fue, ya no su fase de madurez, sino de senilidad: era el momento justo para que se abrieran los toboganes de la historia y se estimulara el pragmatismo ilimitado de los poderes fácticos. El ciclo completo podía, pues, repetirse. De este modo, se observó que todos los problemas de la sociedad tendieron a resolverse alternando un discurso puramente técnico y sincrónico para tiempos de estabilidad (esto es: ajustando los mecanismos internos del mismo Estado, a historia cerrada), y otro puramente pragmático y diacrónico, para tiempos inestables, de historia abierta.

Se observa en definitiva que, en los reiterados procesos de construcción y reconstrucción del Estado en Chile, la clase política militar y la clase política civil, en tácita colaboración con las élites mercantil-financieras, han sido más determinantes y protagónicas que los actores propiamente sociales (sobre todo los de tipo popular) y, aun, más que la misma masa ciudadana. Que, por ello, esos procesos han tenido un carácter centralizado y centralizador, que en el largo plazo han reforzado de modo sistemático el centralismo de lo político y el marginalismo de lo social. Sólo en el período

1919-25 el movimiento popular –inspirado por L. E. Recabarren– dinamizó un proceso al término del cual llegó a autoconvocarse y erigirse en una autónoma Asamblea Constituyente, de claro sello social. Pero este evento fue ignorado por los líderes de ambas clases políticas, y el movimiento que lo generó fue reprimido y desmantelado. Una gruesa paletada de amnesia oficial cayó más tarde sobre todo eso.⁵

Ni la Historia ni las Ciencias Sociales han intentado, al menos sistemáticamente, dar cuenta de estas anomalías y promover alternativas de mayor legitimidad. En cuanto a esto, puede decirse que han mantenido una tácita complicidad con los cerrados procesos centralistas que aquí se denuncian.⁶

TRANSICIONES (ANVERSAS Y REVERSAS)

¿Se está debatiendo hoy, en Chile, el problema de la legitimidad? Es probable que, en el contexto de la "modernidad avanzada", la hegemonía indisputada de los "sistemas de relaciones" haya concluido por anacronizar todas las "esencias sociales" (con su clásica expresión en los Estados nacionalistas y populistas) y, con éstas, el problema mismo que en esta ponencia nos preocupa.⁷ A una mirada reversamente histórica, sin embargo,

5. G. Salazar: "La Asamblea Constituyente de trabajadores e intelectuales. Chile 1925", *SUR D. T.* 131 (1992). Cabe citar también el esfuerzo de la Confederación de la Producción y el Comercio, entre 1934 y 1938, por introducir un Consejo Económico y Social (concertación de actores sociales) en la maquinaria del Estado. Este esfuerzo también ha sido ignorado.
6. Por esta complicidad y otras razones, Claus Offe considera que las ciencias sociales se han constituido de hecho en "siervas pragmáticas del poder" y "de los administradores y responsables de la política". Véase las referencias que a este respecto hace John Keane en la Introducción del conocido *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, de Offe (Madrid, 1990), p. 17.
7. Esta tesis ha sido reiteradamente sostenida por Alain Touraine. Véase su "América Latina: de la modernización a la modernidad", *Convergencia* 17 (1989). También "Power and Protest in Latin America", en CEDLA, eds., *The Crisis of Development in Latin America* (Amsterdam, 1991).

bien puede que las esencias sociales –y entre éstas, la legitimidad– continúen siendo tema de preocupación y debate, sea a nivel de discurso, sea a nivel de habla.⁸ Desde esta perspectiva, por ejemplo, pueden observarse, en Chile, cuando menos, cuatro planos superpuestos por donde se desliza, algo soterradamente, el debate político estratégico. Estos planos son: a) el de las clases políticas gobernantes; b) el de los científicos políticos vinculados al *policy-making*; c) el de las ciencias sociales de conexión principalmente académica, y d) el de las bases ciudadanas y populares de conexión básicamente social.

El tránsito de las clases políticas

En este nivel, cabe distinguir entre un debate adherido a los desplazamientos posicionales de corto plazo que han estado realizando las clases políticas en relación al Estado, y otro proyectado a los ajustes técnicos que ese Estado deberá realizar para acomodarse mejor al proceso histórico de mediano plazo.

Respecto al primer tipo de debate, el problema central radica en el desplazamiento posicional que ha estado realizando la clase política civil (CPC, en adelante), a fin de ocupar electoral y/o funcionalmente la miríada de oficinas públicas del Estado. Este movimiento se inició en 1989, pero aun hoy (1993) no está concluido (en verdad, la CPC no puede ni podrá nunca ocupar definitivamente el Estado, sino, tan sólo, parcial, transitoria y rotatoriamente). De hecho, forma parte de un movimiento mayor: la recomposición de la CPC y el sistema nacional de representatividades políticas (fuertemente desarticulados por el golpe mili-

tar de 1973), proceso iniciado en la segunda mitad de la década de los ochenta, en interacción con las protestas populares. En estricto sentido histórico, es un desplazamiento de individuos y grupos civiles hacia el interior del nuevo Estado, tendiente a constituir dinastías representativas estables (liderazgo político nacional) y elencos burocráticos partidariamente disciplinados (cara administrativa de ese liderazgo). Es un movimiento complejo, de rearticulación de relaciones intra-políticas e inter-institucionales que, de hecho, es más lento que la electrizada nube discursiva que de modo regular lo recubre (en parte debido a la aparición de, como dice Giovanni Sartori, la "video-política"). Al mirar en perspectiva, resulta evidente que la recomposición de la CPC y la reestructuración del sistema de representatividades no constituyen sino la fase final del mismo proceso (histórico) de re-construcción del Estado, con el cual se refunden y al cual, en su última fase, determinan.

Tras su activa intervención en las fases fundantes del nuevo Estado, la clase política militar (CPM, en adelante), a diferencia de la CPC, no tiene que moverse hoy para ocupar ese Estado (lo hizo ya), sino más bien para desocuparlo. Ni tiene sobre sí el imperativo periódico de ajustar su representatividad (es un estamento), de modo que no está constreñida, ni a diversificarse internamente para adecuarse a representados, ni a construir identidad desarrollando discursos públicos. La CPM tampoco necesita reagruparse cíclicamente para rotar, en disputa con otros, en las oficinas de comando del poder público. Su modo eficaz de relacionarse con el Estado no pasa por los circuitos competitivos pero cerrados de la constitucionalidad, sino por los toboganes abiertos de la historicidad. Es su ventaja comparativa.

Ahora bien, el desplazamiento de la CPC hacia el interior del Estado de 1980 está obstaculizado, parcialmente, por el hecho de que ese Estado fue construido en su mayor parte según los criterios "super-presidencialistas" de la CPM. La CPC necesita, para realizarse plenamente –si hay paz socioeconómica–, no de un régimen hiper-centralizado o autoritario, sino de uno "parlamentarista", semi-centralizado y, en todo caso, flexibilizado,

8. La reposición del tema de la legitimidad la están haciendo los propios procesos de la modernidad tardía; en particular, la "devolución" de poderes desde el Estado a la Sociedad Civil. Véase S. Crook et al., *Postmodernization: Change in Advanced Societies* (London, 1992). No ha sido menos importante la acción que, en este sentido, han desarrollado los movimientos por los derechos civiles y los DDHH. Por su parte, M. Foucault ha repuesto el tema en su teoría del poder; por ejemplo, en *Genealogía del racismo* (Madrid, 1992).

porque sólo allí puede constituir y desplegar su diversificada dinámica representativa y corporativa. Su estilo resulta antagónico con el verticalismo propio de la CPC. Con todo, en la coyuntura actual, ese antagonismo no ha llegado a un punto crítico. De una parte, porque al hacerse inminente la ocupación civil del Estado hiper-centralizado legado por el general Pinochet, la CPM optó por admitir determinados niveles de flexibilización y parlamentarización del mismo. De otra parte, porque la CPC intra-parlamentaria ha adherido unánimemente a la premisa mayor del discurso estatal de la CPM: la identidad capitalista y neoliberal del Estado de 1980. El señalado antagonismo no ha incluido, pues —ni incluye—, el tema mayor de la reforma estructural del Estado liberal de 1980, sino, tan sólo, de su originalmente alta concentración verticalista. El problema de la legitimidad no está pues en disputa entre las clases políticas. En este aspecto se da entre ellas, más bien, un consenso básico. En consecuencia, la puja de la CPC por acomodarse en el Estado legado por la CPM no incluye ningún objetivo tendiente a incrementar de modo sustantivo la participación ciudadana en las decisiones públicas; ni a estatizar ni a socializar las decisiones automáticas del mercado, ni las *public choices* de los grandes inversionistas nacionales y extranjeros. Ni populismo ni estatismo aparecen en los nortes de la penetración estatal que practica la CPC. A cambio, tiende a esgrimir como bandera la "seguridad ciudadana"; la que, como principio, tiene dos ventajas comparativas: una, permite implementar útiles 'ejercicios de enlace' con la CPM; y, dos, permite legitimar en retrospectiva (en cláusula de defensa propia) cualquiera ilegitimidad perpetrada durante el (crudo) proceso de *State-building* anterior a 1989.

Con todo, el forcejeo entre ambas clases políticas no se reduce a la reagrupación de la CPC en el centro del Estado y de la CPM en la periferia del mismo. También tiene que ver con el problema de hasta qué punto los DDHH —incómoda resaca que atenaza por igual los pies de los antiguos y los nuevos inquilinos de la oficina estatal— pueden, eventualmente, dejar demasiado al desnudo la legitimidad histórica del sistema liberal. En Chile, el alegato de los DDHH no ha destapado aun la

totalidad del escándalo, pero sí ha iniciado la "devolución" de los derechos desde el Estado a la Sociedad Civil. Por esto, es de obvia conveniencia elitaria que esa resaca se mantenga flotando en superficies manejables. Pues, si se la dejara erosionar a fondo los todavía débiles estratos amnésicos, daría pie para el desarrollo de cuestionamientos profundos al rol histórico de las FF.AA., —por ejemplo—, deslegitimando (casi) todo lo obrado por ellas desde 1973 (o aun desde antes). Un cuestionamiento de ese tipo, por contagio directo, socavaría también las bases sustentadoras del Estado de 1980, obligando a la CPC—recién acomodada en él— a desandar su línea de reconstitución, retrocediendo hasta el trasfondo; o sea, hasta la sociedad civil, fuente de toda legitimidad. No es de menor gravitación el hecho de que la legitimación de los DDHH haya iniciado el traspaso de la 'fuente' de los derechos desde el Estado a las bases ciudadanas.⁹ Se comprende, por tanto —aunque no se justifica—, que ni la CPM ni la CPC hayan demostrado entusiasmo o voluntad política para permitir que el movimiento de los DDHH desarrollara todas sus consecuencias históricas, y que se hayan concertado a cambio (con sorpresa para muchos), para regularlo y contenerlo "dentro de lo posible". En verdad, a esta altura del proceso, cualquier movimiento radical emanado de los DDHH constituye, para ambas clases políticas, una amenaza dual a su ahora compartida estabilidad. Como tal, no pueden menos que clasificar esa amenaza como un asunto atingente a la seguridad de la Nación. O, al menos, como una buena "razón de Estado", que las induce, en lo más alto, a negociar sus respectivas cuotas de poder y estabilidad, y en lo más bajo, a sellar más herméticamente los cofres explosivos hundidos en la memoria histórica popular.

Se comprende que los desplazamientos cruzados de la CPC y la CPM en torno al Estado de 1980 han concluido por desechar el debate original acerca de la naturaleza estructural de ese Estado; es

9. El énfasis en los derechos civiles y la creciente exigencia de *accountability* a la clase política y de *participation* para las bases, está acelerando el proceso de devolución de poderes en todos los países avanzados. Véase el *best seller* de D. Osborne et al., *Reinventing Government* (New York, 1993).

decir, respecto a sus relaciones de legitimidad con la sociedad civil. A cambio, el progresivo entendimiento estratégico entre esas clases respecto a ese punto ha concluido por privilegiar y publicitar un segundo debate (véase supra): el de la "modernización del Estado".

¿A qué apunta ese debate? Fundamentalmente, a ejecutar ajustes técnicos en los mecanismos interiores del Estado, a fin de realizar en lo nacional la idea internacional, actual, de modernidad. Esto, de una parte, significa reducir el tamaño burocrático y el peso protagonista del Estado nacional, tanto para recortar los resabios populistas que aún distorsionan sus escalas de operación y costos, como para incrementar sus niveles modernos de eficiencia administrativa. De otra parte, significa incrementar paralelamente el peso tecnocrático, comunicacional y "meta-político" de los grupos económicos y políticos privados (que actúan a través de agencias también privadas) tanto del mercado nacional como también (y sobre todo) del mercado internacional.¹⁰ Se trata, en suma, de reducir el peso corporativo del Estado nacional, abrir espacio para la penetración local de las *public choices* internacionales y tornar transparentes las estructuras burocráticas a esa penetración. Es evidente que este debate sigue una lógica trascendental que margina la comunidad nacional e integra la comunidad internacional; que diluye lo privado interior en lo privado exterior, y reemplaza una legitimidad local por una (supuesta) legitimidad mundial. La modernización del Estado, así entendida, no es sino el reverso de la internacionalización del Mercado, lo que presupone un incremento de la centralización desburocratizada y de los controles difusos.¹¹ El desarrollo de este debate se rige por esa línea recta que une el Estado de 1980 con la modernidad exterior (no con

la doméstica sociedad civil). Se comprende, pues, que, por la naturaleza técnica, extravertida y disolvente de los temas que involucra, el debate sobre la modernización del Estado no puede ser un asunto de ventilación pública (involucrando a toda la masa ciudadana), sino de ciclaje más bien privado, interno de la clase política (y de sus *thinking tanks*). La privatización del debate acerca de la modernización del Estado abre, respecto al problema de la legitimidad, no una línea en paralelo, sino en perpendicular, bajo cuyo ángulo ciego crece, en 90 grados, la apatía ciudadana.

La ingeniería de los cientistas políticos

Los intercambios y desplazamientos cupulares realizados por las clases políticas, y el avance de las tendencias 'devolucionistas' de la modernización estatal, han dejado a los cientistas políticos recludos en un campo epistemológico estrecho, de historicidad cerrada. Inducidos por todo eso –y algo más–, los cientistas políticos han trabajado, disciplinadamente, en el interior del sistema, mirando todo el tiempo el interior del sistema, y desechando toda epistemología apropiada a las externalidades del mismo. En esa posición, han terminado practicando –son sus propios términos– reiterados ejercicios de "ingeniería política". Hasta el momento, tales ejercicios no han hecho más que retomar algunos de los viejos debates de antaño; en particular, aquel que gira en torno a la cuestión de si la mecánica interior del Estado debe ajustarse a un modelo "presidencialista", o a uno "parlamentarista".¹² Para verificar, véase la siguiente rápida inspección de este nivel.

Para Genaro Arriagada, por ejemplo, el colapso democrático de 1973 se debió, en lo fundamental, al "presidencialismo", que era "minoritario en dos peligrosos sentidos": dentro del electorado nacional y dentro del Congreso. En consecuencia, esta "falla constitucional" –que "antecedía con mucho al gobierno de Allende"– hizo posible una anoma-

10. Véase *El Mercurio*, ediciones de los domingos 8 y 15 de agosto de 1993, sección Reportajes.

11. Véase el análisis del Estado hecho por S. Crook et al., op. cit., y por D. Harvey, *The Condition of Postmodernity* (Oxford, 1990). La conclusión puede asimilarse al "poder circulante" examinado por M. Foucault en *Microfísica del poder* (Madrid, 1977), o al "Secret State" que denuncia E. P. Thompson en D. Held et al., eds., *State & Societies* (Oxford, 1983).

12. Colofón de ello fue el largo debate que, al respecto, se realizó con anterioridad a la elección de Eduardo Frei como Presidente de la República.

lía fatal: que "una minoría conquistara la Presidencia de la República y pudiera gobernar en oposición a la mayoría del Congreso". Basado en la crítica al presidencialismo (que también caracterizó en sus inicios al régimen establecido por la Constitución de 1980), Arriagada concluye que la única forma de crear "gobiernos fuertes es avanzar hacia el parlamentarismo", donde una "alianza de partidos con mayoría en el Parlamento" controle el Poder Ejecutivo, "reduciendo al mínimo los conflictos". Su fuente de inspiración son las democracias de Europa Occidental.¹³

Al igual que Arriagada, José Luis Cea estima que "el presidencialismo reforzado precipitó las dos peores crisis de nuestra historia republicana, es decir, las de 1891 y 1973". Más aún: cree que "el Estado-Nación es demasiado grande y complejo como para gobernarlo a través de estructuras democrático-representativas diseñadas... en las primeras décadas de este siglo". Por esto, es hoy indispensable recurrir a la "ingeniería político-jurídica" que, en este caso, es útil para construir un régimen semipresidencial.¹⁴

Para Francisco Cumplido, la crisis de 1973 probó que el presidencialismo en Chile "ha fracasado"; sobre todo porque, por ser minoritario, tuvo que "gobernar al margen de la Constitución y las leyes". Cree que lo mejor es el parlamentarismo, pero constata que en el país el multipartidismo es muy fuerte (lo que conspira contra el régimen parlamentario), lo mismo que el personalismo (alessandrismo, freísmo, pinochetismo, allendismo, ibañismo, etc.), factores que lo hacen inclinar-se hacia un "sistema intermedio".¹⁵

Hernán Larraín coincide en que el presidencialismo (padre directo del "estatismo") habría sido la causa de la "politización exagerada" que condujo a la crisis de 1973. Propone una "modalidad parlamentaria descentralizada y

desconcentradora".¹⁶ Enrique Barros subraya también la tesis de la "politización exagerada" provocada por el presidencialismo —no por los partidos— antes de 1973. Recomienda un parlamentarismo de tipo francés.¹⁷ Angel Flisfisch se suma también a los partidarios del parlamentarismo. Sin embargo, él cree que lo importante es que la ingeniería política examine la "cooperación entre partidos políticos... la formación de coaliciones gobernantes mayoritarias, la mantención de esas coaliciones, y el tamaño de las mismas".¹⁸ Aunque no de modo directo, Tomás Moulian critica el presidencialismo en pro del parlamentarismo, pero dando una importancia crucial a las prácticas "consensuales" de las élites políticas. Fueron estos consensos los que, al producirse la ideologización de la política, se debilitaron, produciendo la crisis de 1973.¹⁹

Sólo Manuel A. Garretón se aparta de la dicotomía presidencialismo versus parlamentarismo al insistir en que el problema de fondo es la rearticulación de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. Esta tarea "requiere un esfuerzo paralelo de densificación y reforzamiento de la sociedad civil y de reforma y democratización del Estado, lo que apunta al problema crucial de la participación".²⁰

Según Garretón, el problema no se reduce a coaliciones más o menos, sino a la "reestructuración de las relaciones entre política y sociedad", y al necesario equilibrio entre el "extremo cupular" y el "extremo basista".²¹

Al igual que Garretón, Giovanni Sartori se escurre de la dicotomía señalada, pues, para él, "el parlamentarismo puede fallar tanto y con tanta facilidad como el presidencialismo". Y agrega: "La estabilidad gubernamental indica mera duración;

17. E. Barros: "La distribución del poder en un régimen presidencial", en *ibidem*, pp. 163-203.

18. A. Flisfisch: "Parlamentarismo, presidencialismo y coaliciones gubernamentales", en *ibidem*, pp. 218 et seq.

19. T. Moulian: "El régimen de gobierno y el sistema de partidos en el presidencialismo moderno", en *ibidem*, pp. 199-345.

20. M. A. Garretón: "Derrumbe y recuperación democráticos a la luz del dilema presidencialismo-parlamentarismo", en *ibidem*, p. 213.

21. *Ibidem*, p. 214.

13. C. Arriagada: "Después de los presidencialismos, ¿qué?", en O. Godoy, ed., *Cambio de régimen político* (Santiago, 1992), pp. 68 y 90.

14. J. L. Cea: "Presidencialismo reforzado: críticas y alternativas para el caso chileno", en *ibidem*, pp. 112-13 y 150.

15. F. Cumplido: "Análisis del presidencialismo en Chile", en *ibidem*, p. 152.

16. H. Larraín: "El parlamentarismo como desafío para Chile", en *ibidem*, p. 162.

los gobiernos pueden tener larga vida y a la vez ser impotentes: su duración no constituye de manera alguna un indicador de eficiencia o eficacia." Se pregunta luego: "¿sería aconsejable que Chile adoptara un sistema parlamentario?". Se responde: "lo dudo". Cree que debe buscarse algo intermedio.²²

Esta rápida inspección de lo que debaten hoy los científicos políticos chilenos (y alguno de sus colegas foráneos) revela no sólo el ámbito 'Estado adentro' que circunda la mayoría de los análisis resumidos arriba, sino también la antigua cepa de ese debate, que se emparenta históricamente con las discusiones modernizadoras de mediados del siglo diecinueve (parlamentarismo contra el reinante presidencialismo), o de comienzos del veinte (presidencialismo contra el reinante parlamentarismo). Como se observa, sólo Garretón y Sartori se apartan de los tecnicismos propios de esta dicotomía clásica; el primero, revalorizando la "articulación" entre política y sociedad, y el segundo, destacando la "eficacia real" (es decir, local) del régimen político imperante. Desafortunadamente, el primero se sitúa en una perspectiva fenomenológica más bien esquemática, mientras el segundo se mueve en un análisis de posibilidades, sesgando las probabilidades.

El (no)-debate de las otras ciencias sociales

Circunscritos más bien al ámbito académico de las universidades o al semipolítico y semisocial de las ONGs, los economistas no gobernantes, los sociólogos no centralizados y los historiadores en general, tienden a producir un pensamiento (a veces crítico, a veces neutral, pero casi siempre de impacto acotado) que, en conjunto, no logra acoplarse orgánicamente al movimiento –anverso o reverso– de la opinión ciudadana. En parte, por tratarse de procesos de búsqueda, y en parte, porque son prácticas diluidas dentro de las políticas globales interpuestas por los poderes centrales. Con todo,

hay aquí un potencial de desarrollo que no ha encontrado aun coyunturas favorables para eclosionar.

En ese sentido, es de significación el trabajo que está realizando el grupo de economistas encabezados por Oscar Muñoz, de Cieplan. Para este autor, el mercado –convertido hoy en "el mecanismo central de decisiones económicas"– no es "autosuficiente", pues, en el largo plazo, su acción resulta caótica sin la complementación reguladora del Estado. Su hegemonía total puede llevar a profundizar las desigualdades sociales, deteriorar la calidad de vida, "sobreexplotar el medio ambiente y la naturaleza" y subordinar valores tradicionales. Por ello, se requiere de una institucionalidad que regule las relaciones entre empresarios y consumidores, y los ajustes automáticos entre todos los agentes privados. Y es el Estado "el principal agente responsable del desarrollo institucional".²³ Su propuesta, sin embargo, no encuentra eco en otros cientistas sociales.

Entre los sociólogos, las críticas de Alain Touraine al nacional-populismo latinoamericano, así como sus tesis antiesencialistas respecto de las identidades populares, los movimientos sociales y los modernos "sistemas de relaciones", continúan inhibiendo o confundiendo –junto a otras importaciones ideológicas– la investigación teórica alternativa.²⁴ O bien, forzando dilemas que amenazan con dividir la Sociología y a los sociólogos en dos bloques en pugna (sistema versus sociedad civil; o mercado versus sujeto). En este contexto, la prudencia inhibidora puede ser –y de hecho es– una virtud que asegura, al menos, la coexistencia gremial. Enzo Faletto, por ejemplo, calla, autoexiliado en un organismo internacional. M. A. Garretón –como se vio– se autolimita a bosquejar ágiles pero sólo fenomenológicos esquemas de disidencia epistemológica. T. Moulian, por su parte, se deja arrastrar aún por la historia vectorial de las "fuerzas políticas", neutralizando su posición frente a

22. G. Sartori: "Ni presidencialismo ni parlamentarismo", en *ibidem*, pp. 40 y 46.

23. O. Muñoz, ed., *Después de las privatizaciones: hacia el Estado regulador* (Santiago, 1983), pp. 17-48.

24. El reciente libro de A. Touraine, *Crítica de la modernité* (París, 1992), no contribuye a aclarar la confusión sociológica, sino, más bien, a incrementarla.

los dilemas en desarrollo. Norbert Lechner convoca a debatir las relaciones entre el Estado y el Mercado, pero en un plano general, sin proponerse cuestionar los consensos nacionales que en ese ámbito han cristalizado.²⁵ Por otra parte, la producción sociológica del período 1984-88 y la centralización consiguiente de sus autores (José J. Brunner, Eugenio Tironi, Guillermo Campero, Angel Flisfisch y Cristián Cox, entre otros) han creado un hito de prestigio y validez que censura de antemano cualquier ruptura de la unidad teórica que sostiene (precariamente) al gremio sociológico. El resultado 'histórico' de todo ello, es, hoy, la encubierta hegemonía (real) de la teoría social congruente con el modelo neoliberal, y la inhibida validez (potencial) de las teorías sociales alternativas. Ello explica la parálisis que –en parte– parece afectar hoy a la producción teórico-social en Chile.

En lo que hace a la Historia, el "peso de la noche" conservadora parece seguir hechizando, de una u otra forma, el análisis político. Con mucho, la tesis principal continúa siendo la consagrada por el triunvirato Alberto Edwards, Mario Góngora y Gonzalo Vial, a saber: que el paradigmático orden político de mediados del siglo diecinueve (denominado ahora "presidencialismo reforzado") fue descompuesto y roto por el parlamentarismo, primero, y el social-democratismo, después, provocando las crisis nacionales de 1891 y 1973.²⁶ Esta tesis, típicamente conservadora, se ha visto reforzada por las demoledoras críticas de los sociólogos criollos al nacional-populismo, y de los politólogos extranjeros al Estado social-benefactor; con lo cual, tras décadas de antagonismo, sociólogos e historiadores coinciden en una postura conservadora y tradicionalista.²⁷ Apoyado sobre tan inesperada convergencia teórica, el modelo neoliberal no sólo se sostiene como una largamen-

te esperada restauración histórica, sino –en términos de Touraine– como la única alternativa al "caos populista".²⁸ Los recientes aportes de Sergio Villalobos, Alfredo Jocelyn-Holt y Carlos Ruiz –entre otros– a la historia política, siendo y todo valiosos en sí mismos, no han alterado, en sustancia, ese cuadro general; más bien, lo han reforzado.²⁹ Lo mismo puede decirse de la emergente historia social y económica (en la que este expositor se inscribe), en cuanto hasta ahora no ha logrado construir una cabeza de puente, ancha y autónoma, que permita pasar teórica, historiográfica y prácticamente desde la ribera social a la ribera política, superando las más bien dramáticas descripciones de crisis, para centrar el análisis histórico en los procesos que, junto con explicarlas, pueden superarlas. La razón de este empañamiento puede hallarse –entre otras– en que la construcción de ese puente presupone desencadenar, de manera previa o en paralelo, una revolución epistemológica, metodológica e institucional en la ciencia histórica. Es decir, una completa renovación de paradigma. Y ésta no es una tarea de individuos, sino de escuelas; ni de corto, sino de largo plazo. Sin embargo, se trata de un imperativo social y gremial: necesario e insoslayable.

La marcha reversa (¿o discurso?) del sujeto popular

Hoy hace menos de un lustro que la clase popular se jugó literalmente la vida contra el modelo neoliberal impuesto a sangre y fuego por los militares.³⁰ Esa actitud le significó pagar un altísimo e irreembolsable costo social. Por lo tanto, no ha de extrañar que esa experiencia haya quedado grabada profundamente en su memoria histórica, sobre

25. N. Lechner, ed., *Capitalismo, democracia y reformas* (Santiago, 1991); T. Moulhan, *La forja de ilusiones. El sistema de partidos políticos, 1932-73* (Santiago, 1993).

26. La más desarrollada expresión de este paradigma está en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* (Santiago, 1981).

27. Las tesis anti-esencialistas y anti-populistas han sido compartidas por la mayoría de los sociólogos 'centralizados' y por la clase política en el gobierno.

28. A. Touraine, "América Latina. . .", op. cit.

29. Es de interés, sin embargo, el estudio de R. Cristi & C. Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago, 1992).

30. Utilizamos la expresión 'clase popular' en un sentido amplio e inclusivo (hombres, mujeres y niños afectados por situaciones de explotación, represión y exclusión, que construyen, a partir de ellas, redes de identidad y de acción específicas), para evitar el reduccionismo conceptual o funcionalista.

todo, en la llamada "juventud de los 80".

Antes de 1973, la clase popular también se había movido, con no menos decisión, contra el neoliberalismo interior y exterior, apoyando entonces los modelos nacional-populistas de los presidentes Eduardo Frei (padre) y Salvador Allende. Por lo que tampoco ha de extrañar que esas experiencias también se hayan grabado profundamente en su memoria histórica. Sobre todo, en este caso, en la llamada "generación del '68".

Después de 1989, la clase popular, aceptando congelar buena parte de su memoria histórica, dejó espacio a la esperanza de que la democracia neoliberal que sucedió en el Gobierno a la dictadura neoliberal del general Pinochet, en tanto que democracia, resolvería, aunque fuera en parte, su situación de extrema exclusión, represión y pobreza. Cuatro o cinco años después, se está grabando el sentimiento de que esa democracia, en tanto que neoliberal (o de mercado), carece de verdadera voluntad política para resolver de modo integral esa crítica situación. De modo que ya no tiene sentido mantener viva la esperanza. En el hueco que esa agonía está dejando, crece, en cambio, una decidida apatía antiliberal. Sobre todo, entre los jóvenes de los 80 y de los 90; pero también en los del '68.

La memoria histórica de la clase popular actual está pues configurada, a triple estrato, por las huellas de múltiples exclusiones y represiones liberales y neoliberales, por acciones y apatías antiliberales, como también por esperanzas y proyectos sociales o políticos de orientación no-liberal. Las derrotas populares de 1973 y 1987, pese a su inapelabilidad, no parecen haber borrado en esa clase la memoria de esos hechos. ¿Podrá borrarla el giro experimentado por la percepción política del sistema liberal, que antes de 1989 veía ese sistema con un feo estigma negativo en su frontis, mientras hoy lo ve con un ejemplarizante emblema positivo? ¿Podrá eclipsarla el trastrueque valórico de la lucha antiliberal, que antes de 1987 convocaba aplausos y heroísmo, mientras hoy simboliza obsolescencia e irracionalidad? ¿Podrá desvanecerla el arrepentimiento de la Iglesia Católica, que antes de 1987 optaba por la realidad de los pobres, y ahora por la idealidad de sus dogmas?

El giro en 180 grados que las orientaciones,

signos y valores políticos han experimentado en Chile en los últimos veinticinco o treinta años responde más, sin duda, a la lógica de la modernidad tardía que a la de la lógica popular. Es decir, tiene más que ver con la tendencia internacional a consolidar la hegemonía de las "relaciones de intercambio" (mercantiles), la retirada de las "relaciones normativas" (políticas), y la obsolescencia de las "identidades o esencias sociales".³¹ La cuestión es si esas tendencias –que representan la racionalidad estratégica de los grandes y ubicuos centros internacionales de decisión privada– pueden regular, a nivel microsocial, las reacciones que en los individuos de pueblo desencadenan los giros y contragiros que esa racionalidad internacional induce, tanto a nivel de la política local como a nivel de los mercados internos. Es un hecho ya verificado que "los procesos organizados y formados a través del intercambio (mercantil) conducen a resultados que no pueden manejarse mediante el propio proceso de intercambio".³²

La historia económico-social de Chile revela que los modelos de organización mercantil de la sociedad (predominantes en los últimos 160 años) no han sido eficientes, ni en resolver la crisis integral que afecta a su extenso estrato marginal, ni en producir procesos políticos de cambio social que corrijan los déficit del modelo mercantil. Estas deficiencias –que pueden llamarse "síndrome Sartori"– han constituido, por su crónica reaparición, la principal fuente de desarrollo de procesos alternos que corroen la estabilidad del sistema político liberal y la legitimidad del modelo mercantil. La memoria popular, atada como ha estado siempre a esa fuente –y en consecuencia, al "síndrome Sartori"– es el germen del que han manado y manan movimientos de incredulidad y apatía, que opacan y frenan los entusiastas giros copernicanos de la retórica liberal.

Las derrotas políticas del proyecto social y los virajes del discurso hegemónico no hacen sino

31. C. Offe: "Crisis en el manejo de la crisis: elementos para una teoría de la crisis política", en id., *Contradicciones...*, op. cit., pp. 49-60. Para Offe, el área de regulación eficiente producida por las "relaciones de intercambio" se está reduciendo a un "núcleo menor", debido a su propia naturaleza.

32. Ibidem, p. 45.

revolver la memoria y la identidad populares dentro de un mismo tipo de vida, en circuito cerrado. En el cuadro global del modelo mercantil, el control de las periódicas agitaciones del pueblo marginal sólo es posible, a la larga, ensanchando el rol de lo político hasta incluir la zona infectada por la crisis de lo social; ensanche que, exactamente, lleva a reducir el territorio de lo mercantil. De modo que, a fin de cuentas, el modelo liberal sólo puede resolver sus déficit regulatorios recortando su propia esencia; es decir, echando mano de mecanismos no-mercantiles. Este entrapamiento, que es poco percibido por las cúpulas —donde el modelo mercantil alcanza sus óptimos y donde la expansión de lo político no gatilla sino otra rotación de las mismas élites—, es en cambio claramente perceptible en la piel del pueblo marginal, donde, en cambio, el “síndrome Sartori” escuece a fuego lento. Por todo esto, el giro copernicano de los discursos hegemónicos no parece tener capacidad suficiente para arrastrar tras de sí y disolver la memoria e identidad histórica de los sectores populares chilenos. A lo más, podrá cubrirlas con nubes de perplejidad e incertidumbre. Las que, a mediano plazo, más que esterilizar, tenderán a fertilizar los (soterrados) procesos donde esa memoria e identidad se reciclan y reproducen.

En suma, la transición chilena de la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal ha impuesto a la clase popular el dilema del viejo sicambro: que adore hoy lo que ayer quemó, y queme hoy lo que ayer adoró. Los sujetos populares deben, por tanto, en obediencia al decreto ilustrado de la modernidad, retorcer en su propia carne el giro de 180 grados trazado por el compás mercantil. Extirpando, con ello, una memoria madura de, por los menos, cincuenta años. Cercenando total o parcialmente identidades históricas trabajosamente constituidas. Blanqueando los costos no reembolsados por el sistema. Desechando dinámicas de solidaridad y agrupamiento lateral (típicas de la era populista) y reemplazándolas por una acerada voluntad individualista orientada a conquistar por sí misma, hacia arriba, el éxito mercantil.³³ La

orden del día emanada de la transición chilena resonó, en los oídos del bajo pueblo, como un dilema a sólo dos salidas: ¡o ganan como individuos la batalla del mercado, o se pierden como masa en el caos sin fin de la “anomia marginal”!³⁴

Ese dilema, vigente desde antes de 1989, ha concluido por producir un resultado histórico de relevancia central: la *reprivatización de (todos) los proyectos de vida del “bajo pueblo”*. Es decir, la asunción de todas las formas de pobreza por los mismos pobres, bajo el peso creciente de los intercambios mercantiles y el peso decreciente de los populismos de Estado y de Iglesia. El hecho cupular relevante (estratégico) ha sido y es la desocialización notoria del hemisferio inferior de la política, que, por abajo, se divorcia de lo social des-potenciado (los pobres como ‘clase’); mientras, por arriba, ata su hemisferio superior a lo social re-potenciado (es decir las *public choices* internacionales de los grandes centros económicos e informáticos). En ese contexto, las políticas sociales se desenraizan de su suelo natural (los pobres mismos), para descender a ellos en ronda elíptica: en alianza y condominio con el Mercado. Es natural que, al constatar ese tipo de hechos, los pobres tiendan a desenyugar sus esperanzas y utopías macro-históricas de los grandes marcos políticos, económicos y teóricos del Estado, para, a cambio, embutirlas, a como dé lugar, en la molécula estrecha de su propia despotenciación. Así recogida y replegada, la historicidad popular no tiene más espacio de reciclaje que la interioridad de los propios sujetos populares y sus micro-asociaciones marginales.³⁵

Bajo la hegemonía creciente de las relaciones

fin de la historia y el último hombre (Buenos Aires, 1993). Es esa oferta la que ha producido lo que H. Marcuse y J. Habermas han llamado la “nueva reacción tayloriana”. Véase de J. Habermas: “La psique ‘al termidor’ y el renacimiento de la subjetividad rebelde” en A. Giddens et al., *Habermas y la modernidad* (Madrid, 1991), especialmente pp. 122-3.

34. El dilema, planteado originalmente por A. Touraine (“modernidad o caos”) subyace en el discurso anti-populista de las élites chilenas post-transición.
35. G. Salazar: “La historicidad social contemporánea: interioridad o exterioridad?”, en *Temas de Historia* (Universidad Católica, 1994) (en prensa).

33. Para F. Fukuyama, la modernidad liberal ofrece, de modo exclusivo, el éxito individual, aun en su forma magnificada: la posibilidad “megalothymica”. Véase su *El*

mercantiles, la identidad histórica del bajo pueblo se ha tornado, pues, exteriormente opaca, apática o anómica, e interiormente densa y transitiva. Las clases populares parecen haber ingresado, por ello, en un proceso de transición lenta, cuya fase de descomposición es pública y visible, mientras su fase de re-proyección es, por ahora, en su mayor parte, privada e invisible.

La descomposición se ha hecho evidente, sobre todo, en un generalizado repliegue a la privacidad personal. El individualismo, creciente en todas partes, ha despoblado tanto las organizaciones sociales tradicionales (juntas de vecinos, centros de madres), como las que emergieron bajo dictadura (ollas comunes, comprando juntos, grupos de resistencia, etc.), haciendo descender, con ello, los índices históricos de asociación, participación y movilización. Lo privado, como un hoyo negro, absorbe no sólo la energía de lo público (la política), sino también de lo comunitario (la movilización). Salvo excepciones notorias, la lucha por la subsistencia o el ascenso social se ha convertido en una cuestión personal que cada individuo enfrenta (ganando o perdiendo), bajo su sola responsabilidad, frente al Mercado.³⁶ En esa lucha, el (posible, pero escaso) éxito se simboliza en materiales niveles de consumo y entretenimiento.³⁷ El consumismo y

la televisión ocupan, en la identidad de los sujetos, el lugar ocupado antaño por la carne asociativa o comunitaria (conciencia de clase, militancia, grupos de resistencia o de autogestión) y la historicidad colectiva. Detrás de esa lógica de logros individuales campea un "salvaje" sentido realista del momento histórico ("¿qué otra cosa cabe hacer?"), involucrando un ambiguo conformismo con las políticas del Estado y la lógica del Mercado.³⁸

Por contraste, el (más que probable) fracaso en esa lucha gatilla la manifestación reversa de ese mismo realismo salvaje: el sentimiento de que no hay salida ("todos los poros están tapados"); la convicción de que lo único que hoy tiene sentido es el aturdimiento autoaniquilante: la evasión definitiva de sí mismo, vía drogadicción, alcoholismo o violencia contra todos.³⁹ La lucha de los pobres no se tensa, como antes de 1987, en el marco público de las polarizaciones políticas, sino al interior de desgarramientos privados, subjetivos e intersubjetivos. Como si los poderes hegemónicos, habiendo ya conquistado el control supremo de los espacios públicos y desactivado los dispositivos rebeldes hasta en el centro íntimo de la privacidad, estuviesen ahora empujando 'el desecho' (los doblemente derrotados por la modernidad) hacia su vertedero final: la autoaniquilación.⁴⁰

La individuación está encerrando a cada sujeto popular en el cerco (corrido) de su propia memoria

36. Fabián: "De quedarme ahí... nunca. De quedarme en el hoyo y ser uno del montón, eso no. No soy de la idea de decir los pobres somos pobres y los ricos, ricos". Yo creo que no. Creo que está el esfuerzo de cada uno para ser cada vez mejor en experiencia. Si yo cometo un error, voy a estar expuesto a cometer otros, pero ya no será tan grave como la primera vez. Estaré más consciente..."

Luis: "Tú tienes razón... Mis hermanos terminaron de estudiar y están trabajando, pero a mí me ha costado más... Todos tenemos procesos diferentes y tenemos que adaptarnos a las condiciones posibles: yo tuve que ponerme a trabajar jovencito en la feria..." (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 4ª sesión. G. Salazar, C. Paredes, A. Adduard et al., Proyecto Conicyt 1930008, 1993-4, en desarrollo).

37. María: "Mi familia, que es muy dada a las apariencias, entra en el juego de la posesión, y en eso van adquiriendo bienes, cosas... Nos cambiamos de casa, de Conchalí a La Florida... En 1982 mi papá se quedó sin trabajo. El viejo con eso se desmorona. Pasa a depender de mi mamá. Pero ese mismo año a ella se le detectó un cáncer, lo que significó vender todo. Desde la tele a color, la otra tele, un auto, después el otro auto, el comedor, el refrigerador... Lo único que no vendimos fueron las camas" (Taller de Jóvenes, op. cit., 6ª sesión).

38. "Los jóvenes de hoy ya no son idealistas: son salvajemente realistas. Como el capitalismo y consumismo salvajes que les enseñan a ser así" (J. M. Leturia S. J., en "¿Ombudsman?", *Mensaje* 428, 1994, p. 192).

39. Sofía: "Hasta que un día ella (mi amiga) decidió irse de la casa. Tuvo conflictos con carabineros. Iba a discos, a fiestas, llegaba a las tantas. Y se perdió como dos meses. Hasta que llegó a un hogar de menores, o una cárcel, donde pasó tantas cosas feas que después me contaba... No había cambiado" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 3ª sesión, op. cit.).

40. Bajo la evidencia de que "todos los poros están tapados", muchos jóvenes optan por la droga, como una vía de más ancha liberación vital que las estrechas oportunidades que les ofrecen; sobre todo, porque "acorta la vida". (A. Adduard, Informe Curso "Mantención de Viveros y Áreas Verdes", Comuna La Granja, Proyecto Fosis 13011602732-4; 1993-94).

individual. Y allí, aprisionados en su propio pasado, algunos quieren recordar mucho; otros, poco, y otros, nada. La memoria social del bajo pueblo tiende, por ello, a fragmentarse, estratificarse y desencontrarse. Las experiencias acumuladas por cada generación se apilan una junto a la otra, sin tocarse o fusionarse: el viejo populismo masculino (exitoso en los sesenta y tempranos setenta); el nuevo protagonismo femenino (creciente desde fines de los sesenta), y la protesta juvenil (abortada a fines de los ochenta y comienzos de los noventa).⁴¹ A los efectos desintegradores de la individuación neoliberal se suma, por tanto, la fragmentación temática y cronológica de la memoria histórica popular, el quiebre generacional. Con ello, las tendencias asociativas laterales se deterioran y anulan, debilitando el sentido de comunidad o de pertenencia a identidades colectivas. Como actor social, el bajo pueblo, pues, se desperfila. ¿Está, por tanto, dejando de ser un 'sujeto histórico', y transformándose en una 'masa anónima'?⁴²

No obstante lo anterior, no es difícil observar en

el bajo pueblo, también exteriormente, generalizadas actitudes y conductas que expresan, de un modo u otro, rebeldía, crítica, disidencia y oposición manifiesta hacia el sistema imperante. Lo cual pone de relieve que, en las bases populares, la individuación (consumista) exigida por el modelo mercantil, no ha anonadado por completo al sujeto (pensante), ni borrado del todo su percepción histórica del "síndrome Sartori".

Expresión típica de ese sujeto popular es, por ejemplo, su crítica al proceso de transición a la democracia. Pues esa transición —en la que se depositaron alegres esperanzas— no cambió sus condiciones de vida ni alteró en lo sustancial el sistema impuesto por el régimen dictatorial.⁴³ Siguen vigentes el cerco policial y, en contrapunto, el "odio al milico". Crece en cambio la crítica a las nuevas ofertas de la democracia: el municipio y las licitaciones públicas para proyectos de desarrollo social.⁴⁴ Se observa una desafiliación generalizada

41. Luis: "Uno de los grandes problemas de la actualidad, que está muy desarrollado en la comuna, es el individualismo. La gente sólo está preocupada por desarrollar su satisfacción personal y de su familia. Los jóvenes dicen: 'qué gano con estar perdiendo el tiempo en reuniones latosas'. No les interesa aprender ni el arte, ni la cultura, ni la política. Prefieren 'echar el pelo' con los amigos. Porque los jóvenes no tienen proyecto. Hay un vacío ideológico que se ha sustituido por un consumismo desenfrenado. Se trata de disfrutar el presente porque no hay proyecto de futuro para los jóvenes" (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, G. Salazar et al., op. cit.).

José: "Los jóvenes ya no participan en la política. Más bien, no están ni ahí. Porque además los viejos nos utilizaron. Realmente nos utilizaron. Porque todo el trabajo lo hacían los jóvenes y los aplausos se los llevaban los viejos. Es muy sucia la política. Y los viejos nos utilizan" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 2ª sesión, ibidem).

42. En la investigación realizada en algunas comunas del sur de Santiago (Proyecto Conicyt 1930008) se ha hecho evidente que las mujeres adultas prefieren iniciar sus recuerdos históricos después de 1973 (cuando se unieron en resistencia e incrementaron su protagonismo de género); los hombres adultos, en cambio, tienden a recordar lo ocurrido antes de esa fecha (cuando su rol y estatus en la sociedad popular eran mayores que hoy), mientras los jóvenes tienden a partir de la memoria ligada a la (no) constitución de su propia identidad personal (es decir, concentrándose en la década de los ochenta o noventa). El concepto de "masa anónima" puede verse en S. Moscovici: *La psicología de las multitudes* (Madrid, 1985).

43. "Todos teníamos la esperanza de que un gobierno democrático iba a cambiar el asunto. Que iba a haber más posibilidades para la gente con menos recursos, pero ya se ha visto que no. La cosa sigue igual. Se arreglan los que tienen plata y los pobres seguimos siendo pobres. Además no ha cambiado tanto la represión porque los pacos igual agarran a las personas que venden en las calles, igual las llevan. Y cuando uno hace una protesta igual lo apalean. Nosotros tuvimos que hacer una toma y así presionar al gobierno para tener una casa" (Dirigente de Toma de Peñalolén, a Claudia Concha. Informe Proyecto TAC, 1993-94).

"Hay muchas cosas que todavía están muy atadas. Todavía estamos gobernados por el otro gobierno. Yo veo eso: estamos gobernados por dos gobiernos. No por uno. Entonces nunca vamos a salir" (Pobladora de La Pintana, a C. Concha & R. de la Fuente, en "Transición a la democracia y organizaciones populares"; Tesis de Licenciatura, Sociología, U. Arcis, 1993, p. 99).

44. Marcelo: "Hay un sentimiento generalizado de falta de identificación con el Municipio, y de falta de representatividad real por parte de las autoridades municipales. Para los trabajadores el Municipio no tiene ninguna significación. No existen formas de volcar o vincular la experiencia laboral en el ámbito comunal. La relación de los vecinos con el Municipio es meramente instrumental, y se da fundamentalmente a través de las Juntas de Vecinos. En esta comuna no existe movimiento obrero. Tanto los trabajadores como los estudiantes pasan todo el día fuera de la comuna, de modo que la relación que establecen con la cotidianeidad comunal es mínima. Esta comuna es 'residencial'" (Taller de Adultos N° 2, Comuna Pedro Aguirre Cerda, 5ª sesión, op. cit.).

de los partidos políticos, mientras aumenta el rechazo al discurso y retórica de "los políticos" (incluyendo su apuesta a la modernidad).⁴⁵ La apatía consiguiente erosiona las prácticas electorales y la legitimidad de las organizaciones sociales legalizadas por el Estado, lo que afecta sobre todo a las Juntas de Vecinos.⁴⁶ Los grupos y redes de delinquentes comunes —en los que se observa un notorio afán de profesionalización y modernización— vienen a reemplazar, de algún modo, a las múltiples organizaciones subversivas del pasado reciente.⁴⁷

En ese contexto, no ha de extrañar que los sujetos populares —individuos por el mercado, pero subvertidos por el "síndrome Sartori"— concluyan por buscarse los unos a los otros conforme prácticas de sociedad autónoma que carecen de registros anteriores en sus respectivas memorias generacionales. Tienen a surgir relaciones cara a cara, horizontales; fraternidades incipientes que llenan lateralmente lo que las relaciones verticales del sistema han vaciado de contenido asociativo. Las esquinas y los eriazos se van llenando de

grupos introvertidos, de apariencia tribal. Las mujeres se van agrupando en identidades de género y comunidad. Surgen movimientos amebicos de mancomunalidad.⁴⁸ Viejos que se juntan a revisar y actualizar sus memorias del populismo.⁴⁹ Poco a poco la socialidad horizontal, local y autónoma, introvertida y afectiva, perfila valores nuevos, opciones emergentes que, unos con otros, van definiendo una suerte de militancia por lo social, de creciente atractivo para la juventud.⁵⁰ En este contexto re-socializado, las fronteras internas de la memoria popular tienden a debilitarse, a medida que un número mayor de jóvenes se interesa por el pasado de los viejos y a medida que un número creciente de viejos reconoce el presente salvaje de los jóvenes. La transgresión del código amnésico desata el interés por las historias locales, las histo-

45. Joaquín: "Hoy día los partidos que eran de clase no tienen proyecto claro. Por eso la gente no cree en ellos. No han cambiado su discurso de llegar a la organización social a manipularla y dirigirla, sin importar su quiebre: lo importante es ganar militantes. La forma de organización, entonces, debe ser distinta". (Taller de Adultos Nº 1, 2ª sesión, op. cit.).

46. Joaquín: "La organización natural de los pobladores ha sido la Junta de Vecinos. Durante la dictadura se deslegitimaron, y frente a la transición la gente se hizo expectativas de un cambio mayor. Pero eso no ocurre. Entonces las Juntas de vecinos quedaron y siguen desprestigiadas. No son organismos verdaderamente representativos" (Ibidem, 1ª sesión).

47. Pobladora: "Nosotras, todo lo que estamos haciendo es tratar que la gente entienda el daño que hace (la pasta base), lo que pasa con los niños... prácticamente, la muerte. Pero una no puede luchar contra la otra persona porque se le viene encima... Ellos viven de eso. Es la fuente de subsistencia para los que venden. ¿Quién se va a tirar contra ellos? Además que dentro de la población está la mafia más grande. Sale en los diarios. Hoy día es abierto, no es cosa que lo esté diciendo yo. Tienen inmensos autos Mercedes Benz estacionados frente a sus casas... pero de ahí no se cambian porque en otro lugar no tendrían tanta protección. Además ¿dónde luce un muchacho un par de zapatillas de \$25.000? Si anda por Providencia nadie lo va a mirar, en cambio aquí todos se quedan con la boca abierta..." (Taller de Mujeres, Comuna de San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

48. M. Antonieta: "O sea, el estar aquí todos reunidos, yo creo que es para cambiar algo; cambiar la mentalidad de nosotros. Creo que ahora nosotros estamos haciendo historia. Creo que ni en Las Condes, ni en Apoquindo se han juntado unos cabros a 'retomar', como hemos hecho un poco nosotros. Esto, para mí, es riqueza. El estar compartiendo con gente que es igual a uno, es bonito. Yo creo que ahí está la riqueza del pobre. El vivir cada día como un ser común, es ser rico también. Otra gente no lo tiene, y nosotros sí" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 4ª sesión, op. cit.).

49. Joaquín: "Ahora todo hay que analizarlo. Todo hay que discutirlo. Todo hay que conversarlo. Ambiguamente no era mucho lo que había que conversar. Todos decían 'socialismo' y con eso se solucionaba todo. Pero hemos visto los fracasos... Y ante tantos fracasos, los jóvenes no se identifican hoy con el socialismo, como antes. Antes se pensaba que la Revolución solucionaba todo; no se discutía. Pero hemos visto que las cosas no son así. Hoy día no hay espejos donde mirarse. Entonces no hay valores, no hay ideales, especialmente para la juventud. Ahora nosotros no podemos decir: 'hay que tomarse el poder y hacer la revolución'. Ahora tenemos que empezar a discutirlo todo, qué tipo de sociedad queremos" (Taller de Adultos Nº 1, Comuna de San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

50. Un joven poblador: "No me inscribo p'a votar y dudo que lo haga alguna vez... Pero en lo humanitario, yo me creo supersocial, me emociono cuando veo alguien mal" (C. Concha & R. de la Fuente, op. cit., p. 128).
Fabián: "¡Claro! En mi colegio hay política, en mi centro juvenil hay política. Se está conversando, y ahí hay política. Pero una 'política social', no una política de partidos políticos. Hacemos una política para solucionar los problemas de una persona, y así engrupimos a la gente. Nosotros estamos por una política social: para todos" (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 2ª sesión, op. cit.).

rias poblacionales, las historias de vida. Así, urgida por el avance horizontal de los sujetos, la historia popular no sólo reteje sus redes colectivas, sino que tiende a reconstruir toda la historia nacional desde lo social, desde los sujetos. De una manera distinta a la historia oficial.⁵¹

El proceso de individuación mercantil no sólo no ha abolido del todo al sujeto popular, sino que, además, en él, ha gatillado el arranque de una transición (social) de legitimidad sorda, por abajo y oculta, pero transición al fin, que está inaugurando rutas diferentes a las del período populista y a las del período dictatorial. No son pocos los dirigentes sociales –y los que no lo son– que perciben su militancia social como roturando camino nuevo, despejando otros horizontes al movimiento popular. Es lo que manifiestan los dirigentes y pobladores de los más recientes “comités y coordinadoras de allegados”, sobre todo los que encabezaron las tomas de Peñalolén. Allí, la autonomía autogestiva de lo social, unida a la creatividad, han sido la tónica dominante.⁵²

Las nuevas actitudes que están desarrollándose puntual pero multilocalmente en la clase popu-

lar encuentran su correlato en la porfiada supervivencia de los “educadores populares” y los talleres de autoeducación –pese a la crisis de las ONGs–, acicateados por una demanda popular permanente que, hoy, no sólo exige talleres para intercambios de experiencias, sino también para aprender a manejar desde abajo los mecanismos de formación de conocimiento tanto como los de formación de proyectos y políticas de desarrollo local. El tema de los “movimientos sociales” –descartado por la alta intelectualidad desde 1985– está cobrando creciente vigencia en estos (bajos) niveles de la modernidad chilena, instando a la educación popular a alcanzar más altos grados de desarrollo.⁵³

¿Hacia dónde se dirige esta soterrada “transición por abajo”? ¿Qué valoraciones, legitimidades y formas organizativas están macerándose allí? ¿A qué tipo de procesos históricos está abriendo lugar?

Por de pronto, hay sólo una respuesta posible, a saber: la transición por abajo tiende a fortalecer *las relaciones sociales de tipo horizontal*, y por lo tanto, *la autonomía de las bases y la centralidad de lo local*. Estas tres coordenadas se dirigen, geométricamente, hacia un punto axial: la comuna (o el municipio). Obviando y descentrando el aparato político del Estado. Es decir, convergen sobre un terreno donde el modelo mercantil no está demostrando hoy, precisamente, su eficiencia, sino lo contrario. El instinto historicista que denota la dirección asumible por la (soterrada) transición popular difícilmente puede ser desconsiderado.⁵⁴

51. Paola: “Inconscientemente, empezamos al revés: por las historias de los que nacimos el 60 o el 70. Entonces después los más adultos... Y ahora que las escuchamos a ellas, como que me ordené un poco y he ido sacando diversas conclusiones. Y básicamente es esto: que ‘todo va en un proceso’, etapas que yo en particular no viví ni sentí; pero al pasar el tiempo, esa experiencia que otros vivieron nos enriquece como personas” (Taller de Jóvenes, Comuna El Bosque, 7ª sesión, op. cit.).

César: “Nosotros los adultos no hemos sido capaces de comunicarnos con los jóvenes. Tenemos que adecuar el lenguaje y entender que les legamos una sociedad muy mala, donde prácticamente no tienen dónde participar” (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

52. “Nosotros necesitábamos dejarles las cosas bien claras a la gente. Les dijimos que éramos de izquierda, pero independientes. Que buscábamos crear una experiencia nueva, sin ningún partido político que utilizara a la gente... Tampoco es posible que podamos tener soluciones, ni siquiera parciales, a través de la caridad y el asistencialismo provenientes de las instituciones o de algunos sectores eclesiásticos. Nosotros los pobres podemos lograr cambios importantes. También luchamos contra toda la gente de afuera que pueda venir a interrumpir toda esta organización, el buen manejo de todo esto” (Dirigente de la Coordinadora de Peñalolén, a Claudia Concha, op. cit.).

53. Es altamente significativa la alta demanda que tiene (tras la supuesta “crisis de la Educación Popular”) el Taller de Educación Popular (TEP) del CIDE, y el constante flujo de vocaciones jóvenes que buscan cómo desarrollar y perfeccionar, técnicamente, las diversas formas de militancia o trabajo social.

54. Aldo: “Se plantea la necesidad de crear organizaciones autónomas. Y esto es interesante, porque las cúpulas políticas han sido culpables de que su partido y la política en general no sean hoy un valor, ni un vínculo que dé confianza” (Taller de Adultos N° 1, Comuna San Joaquín, 1ª sesión, op. cit.).

Luis: “Si nosotros actuamos colectivamente (porque nadie lo va hacer por nosotros)... en la llamada ‘comuna popular’, cada representante de los organismos sociales constituiría esa comuna. Un poder popular nacido en la base, dentro de la comuna. Porque los organismos sociales no tienen participación en la comuna actual: en la alcaldía no los toman en cuenta” (Ibídem, 3ª sesión).

El Estado es... un objeto de tercera especie, un proyecto ideológico. Es, por sobre todo, un ejercicio de legitimación... No ver el Estado como un ejercicio de legitimación equivale... a participar en la mistificación que es el punto vital en la construcción del Estado.⁵⁵

En Chile, en tres ocasiones distintas pero con un mismo resultado liberal, los "ejercicios de legitimación" han sido ejecutados con éxito y rudeza por la CPM y la CPC; y sin éxito ni rudeza, en posición antiliberal, por los movimientos sociales. La triple ejecución de tales ejercicios ha terminado por sedimentar una cultura política liberal de vencedores y una cultura económico-social de perdedores. O sea, una historia anversa de ilegitimidades legitimadas, y una historia reversa de legitimidades ilegitimadas.⁵⁶

Con todo, los hechos indican que, hasta ahora, pese a su triple imposición, el proyecto liberal no ha producido en Chile ni la solución de los problemas que afectaban previamente a los derrotados, ni la efectiva adhesión de éstos al proyecto político de sus vencedores. Lo que no es poco decir, pues el poder que ha acumulado y manejado el proyecto liberal en 160 años de historia de Chile ha sido y es, por decir lo menos, insuperable. La cultura liberal ha tenido tiempo y recursos para extenderse no sólo sobre el plano macrofísico del Estado y la Sociedad Global, sino también sobre los planos microfísicos externos e internos de cada sujeto social. Sin embargo, los hechos revelan que, en el plano de los sujetos populares, el triunfo liberal no ha sido exhaustivo. Que, por tanto, el "síndrome Sartori" —"la longeva duración de un régimen no garantiza nada si no es eficiente"— sigue frenando, allí, la exhaustividad de ese triunfo. Cabe decir, pues, que la longeva duración del régimen liberal en Chile sólo prueba su poder para autorreproducirse como sistema, pero no su capacidad para

extinguir la memoria de sus marginados y derrotados. O para impedir que éstos, cual Lázaro, se levanten de la semiinmnesia en que fueron (mal) sepultados para volver a caminar con autonomía y rebeldía.

No es, pues, inoficioso recordar cómo el ejercicio liberal-autoritario ejecutado con rotundo éxito entre 1829 y 1833 vio, sin embargo, levantarse sus lázaros en 1851 y 1859; o cómo el ejercicio liberal-autoritario ejecutado draconianamente entre 1973 y 1980 vio, pese a todo, caminar los suyos entre 1983 y 1987.

La relectura de la historia pública y el repaso de los recuerdos privados muestran de modo suficiente que, bajo la macro-física estructural de la dominación liberal en Chile, ha circulado y circula, con autonomía coyuntural, la micro-dinámica de la legitimidad. Pues la legitimidad no la genera el Estado —que sólo la recibe y formaliza— sino, por modo histórico y monoplóico, la sociedad civil. Así, capilarmente, la legitimidad asciende por las minúsculas arterias de la intersubjetividad social, a impulsos del murmullo perpetuo de las relaciones horizontales de la base ciudadana.⁵⁷ La legitimidad, en sí, sube de los sujetos a las micro-asociaciones, y de las organizaciones a los movimientos sociales. La legitimidad es, de éstos, su principio vital, la urdimbre consensual primaria que los rige, desde su fase invisible de aposamiento marginal, hasta su fase visible de proyección política hacia el interior del sistema. La posesión permanente de la legitimidad permite a los movimientos sociales (sobre todo al popular) tener un fundamento histórico que trasciende los límites del sistema político vigente, relacionándolo, a través del tiempo, consigo mismo.⁵⁸

57. "Uno podría esperar que el colapso de los regímenes de Europa Oriental hubiera producido, en Occidente, una fuerte reevaluación de nuestro sistema de gobierno. Pero aunque no han faltado entusiastas, esto no ha cautivado en absoluto el sentir popular. Al revés, los pueblos occidentales están hoy lejos de aprobar la forma en que están siendo gobernados... la gente no parece contenta con que la historia se detenga aquí" (L. Panitch et al., *A Different Kind of State?* (Oxford, 1993), pp. 2-3).

58. Luis: "Generar poder popular, para una mejor calidad de vida... podría ser una entidad aglutinadora de todas las organizaciones sociales a nivel comunal, y después a nivel

55. P. Abrams: "Notes on the Difficulty of Studying the State" (Oxford, U. K., paper, 1977), p. 15.

56. Al estudiar el Estado, dice P. Abrams, se estudia "la legitimación de lo ilegítimo"; M. Foucault: "la política es la continuación de la guerra por otros medios".

Los movimientos sociales no pueden definirse sólo —lo que en Chile, sin embargo, se ha hecho— como agitaciones reivindicativas negociadas racionalmente, de cara al Estado, por algún (gran) actor colectivo. Es decir, por actores conformistas en razón de su identidad estructural, pero inconformistas en razón de su oportunidad coyuntural.⁵⁹ Tampoco pueden entenderse como fenómenos episódicos o efímeros, por el hecho de que sólo esporádicamente emergen sobre el escenario cupular de la historia anversa. Ni el enfoque social-estructuralista (*à la* Touraine), ni el *événementielle* de los cientistas políticos, ni aun las largas duraciones puramente estratigráficas (*à la* Braudel), recogen adecuadamente la dinámica profunda de los movimientos social-populares en una país donde —como en Chile— el régimen liberal ha sido triplemente ineficiente.⁶⁰

El problema que realmente aqueja al movimiento social popular chileno no consiste, pues, en su falta de relación positiva con la legitimidad, sino en su deficiente capacidad operacional para construir Estado a partir de ella.

José Luis Cea señaló —como se anotó más arriba— que ya no es posible construir "democracias representativas como las diseñadas a comienzos de este siglo". Es decir, como aquellas que intenta-

nacional: sindicatos, comités de pobladores, partidos políticos de base, centros culturales, clubes deportivos, etc. Que cada delegado pueda ser elegido 'concejal' para integrar un organismo encargado de administrar la comuna; pero estando sujetos a responsabilidades ante sus electores, y podrían ser revocables de sus mandatos. Sería una organización autónoma del gobierno de turno' (Taller de Adultos N°1, 4ª sesión, op. cit.). Es esta 'proyección' lo que G. Marambaio llama "pospolítica, o metapolítica", ya que trasciende el espacio político institucional.

59. La adscripción del concepto 'actor social' sólo a aquellos sujetos que son dueños de una reconocida identidad estructural y practicantes explícitos de una forma institucional de petición y negociación —ejercicio que, con mucha frecuencia, han hecho los sociólogos 'centralizados' en Chile— es, por cierto, un tipo de reduccionismo lógico que impide percibir y trabajar los movimientos y cambios más finos y reticulares de la legitimidad social.

60. "La emancipación humana —escribió Karl Marx— sólo será completa cuando el hombre real, individual, se haya convertido en *ser social*... y cuando no separe ya, como fuerza política autónoma, la fuerza social de sí mismo"; en T. Bottomore, comp., *Karl Marx: sociología y filosofía social* (Barcelona, 1967), pp. 258-59.

ron diseñar los movimientos y actores propiamente sociales en oposición a los ingenieros políticos. ¿Quiso, con esa afirmación, proclamar el "fin de la historia política" para los movimientos sociales y la consolidación perpetua del poder ingenieril?

Cabe decir que, excepto en algunos círculos chilenos, esa tesis no es actualmente defendida por ningún cientista social o político internacionalmente relevante. Pese al triunfo mundial de la modernidad liberal, los intelectuales de nota popularizan hoy un paradigma crítico de esa modernidad.⁶¹ El consenso intelectual releva hoy las siguientes conclusiones: a) el liberalismo clásico, basado en el modelo económico *supply-side*, como el que rige en Estados Unidos, en Inglaterra, en Chile y en toda democracia liberal individualista, está en decadencia; b) el liberalismo de tipo social-demócrata, basado en el modelo keynesiano *demand-side* (como el que se dio en las social-democracias europeas nórdicas antes de 1960 y mediterráneas después de esa fecha, o en Chile antes de 1973) está en quiebra histórica; c) el liberalismo en general tiende en todas partes a desintegrar las redes comunitarias de la sociedad civil, generando individualismo neurótico y fortaleciendo, por contraste, las decisiones monopólicas del poder central; y d) sólo el modelo *investment-labour-side* ha demostrado tener potencial de desarrollo económico a la vez que capacidad de integración comunitaria (Alemania y Japón). El conjunto de la situación evoluciona en el sentido de producir procesos de cambio lento, insidiosamente críticos, que tienden a llamarse de posmodernización.⁶²

Es evidente pues que, en Chile, los movimientos sociales (populares) se hallan en una fase de reversión profunda. Con todo, el panorama general de las legitimidades hundidas en la historia

61. La reciente producción politológica de Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia es coincidente en señalar que en esos países es generalizada la crítica a la política profesional, mientras se exige un aumento sustantivo de la participación ciudadana en el gobierno comunal. Algo similar ocurre en varios países de América Latina. Véase, por ejemplo, de Willem Assies, *To Get Out of the Mud: Neighbourhood and Associativism in Recife* (Amsterdam, 1990).

62. Por ejemplo: A. Przeworski, *Capitalism & Social Democracy* (Cambridge, 1985). También S. Crook, op. cit.

reversa y de sus probabilidades de desarrollo autónomo —por ahora teóricas— no compone, como se vio, el cuadro de una "muerte presunta", sino más bien el de una gran 'tarea anunciada'.

En suma, la transición de las legitimidades reversas sigue siendo tan subterránea como embrionaria; pero su principal puerta histórica —la que abre al futuro—, como siempre, sigue abierta.⁶³

Santiago, agosto 1993-mayo 1994

110 63. "Los vencedores / son siempre implacables / con los vencidos. Dicen: /—¡Vamos mujer, sé razonable! / ¡Sométete! ¡Térme miedo! /—Pero ¿no ve que 'el mango' / lo tengo yo?" (V. H., 1993, texto reservado).